

DIARIOBRUJO: DE LO POSIBLE SE SABE DEMASIADO

ANNY RIVERA

Un diario en negativo se ha aparecido como producto de las sensaciones subterráneas de Sergio Marras, editor de APSI —sociólogo, fotógrafo, escritor—. El *Diariobrujo* acogió también las obras brujas de Carlos Altamirano, Alfonso Calderón, Marco Antonio de la Parra, Eugenio Dittborn, Jorge Edwards, Mario Fonseca, Antonio Gil, Florcita Motuda, Lotty Rosenfeld y Sol Serrano, encuadradas en la diagramación de María Angélica Dueñas, y voló a pegarse a las paredes de la Galería Sur, a fines de julio.

Posiblemente, lo primero que inquieta a la persona que toma el diario es su origen. Intenta hallar la clave, vincularlo a lo conocido. Se le ha tratado como bisnieto de un "quebrantahuesos" surrealista nacido en la década del 50, como primo lejano del arte conceptual o como hijo natural —y oveja negra— de los cotidianos tabloides nacionales.

Lo cierto es que el *Diariobrujo* es una especie de caldera donde hierven diversas tendencias que marcaron una época. Hay surrealismo, realismo mágico, conceptualismo, pop, underground. Confundidos, se asoman Los Beatles, Parra, Neruda, Buñuel, Breton, Sábato... Una generación que absorbió, adolescente, los 60, que jugó seriamente los 70, que hoy vuelve la cabeza con la esperanza de no convertirse en estatua de sal. "Creo —dice su autor— que el *Diariobrujo* es un producto de mi generación. También de mi práctica comunicativa. No se pueden buscar antecedentes únicos, sino influencias indirectas que vienen de estar inmersas en una experiencia colectiva".

El Diario se convierte entonces en sensaciones subterráneas, en el orden sospechado y no declarado, en una conciencia colectiva que murmura.

Por una parte, la mirada sarcástica: ex compañeros de curso se ametrallan entre sí, dieciséis comensales mueren atragantados por sus propias palabras. Por la otra, la mirada desencantada. A la mujer —que circula, inmutable, en su órbita eterna—, a los anhelos omnipotentes del pasado.

Los personajes transitan en un orden que a veces se rebela contra ellos, o aquéllos contra él. Algunos son seres mínimos, sin conciencia, como el propio Juan Carpio —autor ficticio—, que sueña con otro yo, rigurosamente normal en un orden alucinado. En otros, la conciencia primaria se abre paso: un dirigente



sindical, en un juego cortazariano, descubre la unidad oculta con sus iguales. También el sol se sale de sus márgenes de seguridad en el último movimiento: "habíamos trastocado todo. Habíamos desquiciado hasta las últimas posibilidades de ser alguna vez en la historia...".

El Diario tiene estructura de tal: cartas, editorial, crónica, reportaje; títulos, bajadas, lead; una rigurosa diagramación. Ingredientes necesarios para comunicar un mensaje con claridad. Pero el código periodístico es sistemáticamente violado: el negativo trastoca las imágenes, la información del qué, quién, cómo, cuándo, dónde y para qué se declara incapaz de encuadrar los acontecimientos. La ambigüedad se cuela por los huecos de la claridad y se introduce en la poética. Marras explica esta elección: "gran parte de las cosas las había hecho antes. Al

trabajar en periodismo, me pareció que podía entregarlas en un lenguaje más accesible. Técnica y estéticamente, creí interesante que un cuento sobre un *Diariobrujo* se transformara en su propio objeto, que ya no necesitaran otro soporte que su propia realidad".

Las colaboraciones agregan nuevas dimensiones. La obra bruja ya no es individual sino colectiva —reforzando de paso la estructura diario— y, en lo fundamental, se afirma la dimensión de **realidad**, al introducir seres de carne y hueso que ritualmente se despojan de sus alucinaciones al interior de una ficción. Se establece entonces una dinámica individual-colectiva y real-irreal.

El Diario trabaja sobre una materia oscura: la conciencia colectiva. De allí que la forma que asume es similar a la manifestación de aquélla: el mito. A través de una forma circular, funde pasado y presente, situándose en los límites (el inicio y fin de los tiempos). Relata algo que todos sabemos —pero inconscientemente— y que tenemos que contar de manera soslayada y críptica, para iluminar y esconder la realidad.

Se concreta, así, la dinámica realidad-ficción (el diario: lo claro, lo real y su negación permanente) y la dinámica colectivo-individual (el brujo y la tribu). Un mito objetivado que, en negativo, podemos tocar, leer y contar. Como la caja de Pandora, el *Diariobrujo* abre su tapa y deja escapar todas las enfermedades y dolores del mundo, así como la esperanza. ■